

El augusto anciano, después de haber salido de sus habitaciones, bajó por la escalera interior del palacio, á una capilla lateral de la iglesia. Bien pronto se miró dominando todas las cabezas un dosel brillante de oro y seda; luego se vieron dos anchos abanicos de gran belleza, glorioso recuerdo de la magnificencia imperial; y bajo aquel dosel, sentado en la *silla gestatoria*, brillante de oro y púrpura, al vicario de Jesucristo con la tiara en la cabeza, glorioso emblema de su triple dignidad de padre, de rey y de pontífice (1). Marchaba majestuosamente, llevado sobre las espaldas de los oficiales de su casa, vestidos con el gran traje rojo. El sacro colegio abría la marcha, la guardia noble formaba la valla y seguía el cortejo que se detuvo á nuestra vista detrás de la Confesion de San Pedro. Después de haber depositado la tiara y hecho una corta adoración al pié del altar, subió el soberano pontífice á un trono colocado á la derecha; entonó la *Tercia*, tomó la mitra y se sentó. ¿Por qué la mitra sustituye á la tiara? Con este misterioso cambio comenzó para mí una serie de enigmas, cuya solución atormentó mucho mi espíritu. Comprendí pronto, que si el Santo Padre era rey en la *silla gestatoria*, en el altar no era más que pontífice, y la sustitución de la mitra á la tiara se explicó por sí misma. Pero dos nuevos geroglíficos me embarazaron de otro modo; uno que veía y otro que no veía. El Santo Padre, el obispo de los obispos, no llevaba báculo; tuve á bien buscar aquel atributo de la carga pastoral y no figuraba de ningún modo entre las insignias. ¿Por qué es esto? primer enigma.

Dos prelados domésticos precedían al

(1) Al ponérsela el cardenal al pontífice, le dice. *Accipe tiaram tribus coronis ornatam, et scias te esse Patrem, Regem et Christi Vicarium*, etc. "Los italianos llaman á la tiara *Triregno*; esta es una hermosa palabra.

Santo Padre, y llevaban el uno una soberbia espada con empuñadura de oro, *stocco*; el otro un sombrero ducal, *cimiero*, de terciopelo carmesí, con armiño, adornado de perlas y rodeado de un cordón de oro con una paloma en el centro, símbolo del Espíritu Santo; la espada y el sombrero fueron depositados en un rincón del altar, y allí quedaron durante la misa, ¿por qué todo esto? Segundo enigma.

Busqué cerca de mí algún Edipo capaz de explicarme este doble misterio, pero mis esfuerzos fueron vanos. Comenzó la misa, continuó, acabó, y aquel sombrero, aquella espada, aquel báculo, no me salían de la cabeza. Confieso mi distracción; para expiarla me condené á largas investigaciones sobre la causa que la había producido, y con el fin de evitar el mismo trabajo á los que vayan allá después de mí, voy á dar la solución del doble enigma.

El pontificado de San Pedro en Roma duró veinticinco años. Aunque nuestras historias galicanas nada nos dicen de los trabajos del apóstol durante este largo período, se sabe muy bien que no se estuvo cruzado de brazos. Los antiguos monumentos, los archivos y las tradiciones de las iglesias de Italia, nos hablan á cada momento de los viajes del pescador de Galilea, de los misioneros que envió á todas las partes de la península y aun más allá de los Alpes; tales por ejemplo fueron San Fronto á la Aquitania, y San Materno á la Germania 1. Con éste último partieron para Tréves San Eucario y San Valerio, los tres discípulos del príncipe de los Apóstoles. Al cabo de cuarenta días, Materno murió. Uno de sus compañeros de apostolado, volvió inmediatamente á Roma á dar la noticia á San Pedro, y á rogarle que mandara un nuevo obrero en lugar del difunto. El apóstol se contentó con decirle:

1 Foggino, *de romano divi Petri itinere et Episcopatu*, in 4º, *Exercit.* XIII; XIV, XIX.

"Tomad mi bastón, tocad con él al muerto y decidle de mi parte: Levantaos y predicad." A esta orden de aquel cuya sola sombra curaba á los enfermos, se obró el milagro, y Materno salió de su tumba lleno de vida, continuó su misión y llegó á ser el segundo obispo de Tréves. En memoria eterna de este milagro, no llevan los sucesores de San Pedro el báculo pastoral, ménos en la diócesis de Tréves, cuando allí se encuentran. Este hecho, que no tiene nada de admirable, cuando se conoce el poder milagroso de los apóstoles y la necesidad de los prodigios, para acreditar la fe naciente, descansa, por otra parte, en ilustres autoridades. Solo citaré á dos de ellos, el papa Inocencio III y Santo Tomás de Aquino; el primero fué el hombre más grande de su siglo, y el segundo la razón más sana y más fuerte de la Edad Media 1. Gustoso con mi descubrimien-

1 Hé aquí sus palabras: Inocencio III dice: "Romanus autem Pontifex pastoralis virga non utitur, pro eo quod beatus Petrus Apostolus baculum suum misit Eucherio, primo episcopo Trevirorum, quem una cum Valerio et Materno at predicandum Evangelium genti teutonicae destinavit. Cui successit in episcopatu Maternus, qui per baculum sancti Petri de morte fuera, suscitatus. Quem baculum usque hodie cum magna veneratione trevirensis servat Ecclesia." *De Sacrif. Miss.*, c. VI. El mismo pontífice, escribiendo al patriarca de Constantinopla, repite el mismo hecho. *De sacra unct.*, cap. unic. *versus fin.*—El doctor angélico se expresa así: "Romanus pontifex non utitur baculo, quia Petrus misit ipsum ad suscitandum quendam discipulum suum, qui postea factus est episcopus trevirensis, et ideo in diocesi trevirensi Papa baculum portat et non in aliis." *Q. 3, art. 3, distinct. 24*, lib. IV.—A esta razón histórica, añaden los autores muchas razones misteriosas, para explicar la falta del báculo en manos de los soberanos pontífices; hé aquí la principal: "Quia per baculum designatur correctio sive castigatio; ideo alii pontifices, recipiunt á suis superioribus baculos, quia ab homine potestatem recipiunt. Romanus Pontifex non utitur baculo, quia potestatem a solo Deo recipit." *De Sac. Unct. ad verb. Mystic.* Véase también á Durandus, *Rationale div. offic.*, lib. III, c. 15. Alzedo, *de Præcellent. Episcop. Dignit.*, p. 1, c. 13, n. 70; Hieron Venerius, *De Exam. Episcop.*, lib. IV, cap.

to, admiré de nuevo el espíritu de conservación que forma la gloria particular de la Iglesia de Roma, y bendije á mi madre por habernos conservado en una de sus costumbres el recuerdo de los hechos milagrosos acaecidos alrededor de nuestra cuna.

¿Pero qué significaban la espada y el sombrero ducal? La explicación de este nuevo enigma acabó también por hacernos rendir un tributo de admiración y de reconocimiento. En los siglos más remotos y cuando el cristianismo encarnó en las naciones europeas, el derecho de la fuerza debió arreglarse por el derecho moral. La espada, ántes instrumento de pasiones personales, de opresión pública y de iniquidad en el mundo idólatra, se convirtió en las manos de los príncipes y de los guerreros cristianos, en una arma destinada á proteger la verdad, la equidad, el orden social. Esta nueva misión del *hierro*, fué recordada sin cesar á aquellos que estaban encargados por Dios de cumplirla. Y hé aquí que la misma noche en que el niño Dios vino á romper todas las tiranías, su Vicario bendice una armadura, que envía al

20, n. 21; Barbosa, *De offic. et Potest. Episcop.*, p. 1, tit. 1, n. 14, etc. etc.—En la disertación *ad hoc* que ha puesto al fin de sus *Monim. veter.*, lib. III, p. 209, el sábio Ciampini hace observar muy bien que la *Ferula*, especie de bastón derecho, que se presentaba á los papas el día de su elección, y que se encuentra grabada en las tumbas antiguas, no es un báculo, sino un emblema del poder temporal.—Puesto que tratamos del báculo episcopal, no puedo resistir al gusto de citar los versos siguientes, de un autor de la Edad Media, acerca de la significación de este cayado espiritual y del uso que el pontífice debe hacer de él:

IN BACULI FORMA, PRÆSUL, DATUR TÆC TIBI
(NORMA:
ATTRAHE PER PRIMUM, MEDIO REGE, PUNGE PER
(IMUM;
ATTRAHE PECCANTES, REGE JUSTOS, PUNGE VAGANTES,
(GANTES.
ATTRAHE, SUSTENTA, STIMULA, VAGA, MORBIDA,
(LETAN;

Gloss. de Sac. unct., c. unic.

emperador, al rey, al príncipe, al guerrero que ha combatido valientemente ó que debe combatir á los enemigos de la verdad, de la justicia y de la paz del mundo. En el siglo XVI, Sixto V llamaba ya á esta elocuente costumbre, *una costumbre venida de los Santos Padres*; y de hecho los siglos anteriores habian visto á Urbano VI dar la armadura sagrada á Fortiguerra, presidente de la república de Lucques; á Nicolás V darla al príncipe Alberto, hermano del emperador Federico; á Pio II darla á Luis VII, rey de Francia. Roma sigue bendiciendo cada año la espada y el sombrero del guerrero cristiano; y si hay oportunidad, el Padre comun de las naciones, la envía al príncipe, al capitán que se ha hecho digno de ella por sus hazañas y por su conducta 1.

Si en estas costumbres preliminares habia yo podido leer una página de nuestra bella antigüedad, la misa pontifical me la reveló casi toda entera. Despues de la confesion al pié del altar, fué á colocarse el Santo Padre en un trono preparado en el fondo del coro, inmediatamente, abajo de la Cátedra de San Pedro. A derecha é izquierda estaban sentados en gradas cubiertas con paño rojo, los miembros del Sacro Colegio; conté veinticuatro, y tenían casulla y mitras blancas, ricamente bordadas. Detrás de los cardenales, veíanse los obispos, los superiores gefes de las órdenes y los prelados; encima de estas sillas de coro corridas, reinaban dos hileras de tribunas: las tribunas superiores reservadas á los príncipes y á los embajadores, y las otras ocupadas por personas que tenían billete de entrada. No puede decirse cuán imponente es este espectáculo verdaderamente católico.

En memoria de la antigua union de la Iglesia ariental y de la Iglesia occidental,

1 Costanzi *Instituzioni di Pietá di Roma*; t. 1. p. 8.

en testimonio perpetuo de la catolicidad de la fe, que ha hablado y debe hablar hasta el fin de los siglos todas las lenguas, dos eclesiásticos de Roma cantaron la epístola y el Evangelio en latin; y luego un diácono y un subdiácono de los armenios cantaron ambas cosas en griego, vestidos con su magnífico traje oriental. Al acercarse el momento de la consagracion, bajó el Santo Padre de su trono, y despues de la consumacion del tremendo misterio, el augusto anciano tomó la santa víctima en sus manos, y levantándole sobre su cabeza, la presentó á los cuatro puntos del cielo, y ántes de volverla á colocar en el altar, dió silenciosamente la bendicion al universo. Este silencio profundo, los cabellos blancos del vicario de Jesucristo, todas aquellas cabezas de príncipes y de reyes inclinadas hácia la tierra, y la vista de la augusta víctima, suspendida entre el cielo y la tierra, todo esto produce en el alma una impresion de felicidad sublime, que no puede expresarse.

Antes de la comunión, volvió el Santo Padre á su trono, y se vió al cardenal diácono dejar el altar y llevarle, acompañado de cirios, el Cuerpo adorable del Salvador. En este momento solemne, todo el mundo se prosternó; hasta un inglés que estaba á mi derecha. El Santo Padre, sentado, con las manos juntas y la cabeza respetuosamente inclinada, tomó la Santa Hostia y se dió él mismo la comunión; luego tomando otra Hostia, la dió al cardenal diácono, que recibió la comunión en pié y de mano del vicario de Jesucristo. Volvió el diácono al altar, de donde trajo con las mismas ceremonias la preciosa Sangre, que bebió el Santo Padre con un tubo de oro, segun el uso de la primitiva iglesia, despues de lo cual, el diácono absorbió el resto de la misma manera. Esta doble comunión, resucita las primeras edades de la iglesia y del mundo. En el pontífice, sentado en su tro-

no, veis al Hijo de Dios *sentado* en medio de sus apóstoles y distribuyéndoles el pan de la vida; en ese diácono que recibe en pié al Cordero divino, veis al israelita, en el momento de pasar el mar Rojo, comiendo en pié y en actitud de viaje, el Cordero Pascual, viático de su peregrinacion y prenda de su libertad. A este espectáculo, la inteligencia del cristiano, su corazón, su sér, todo entero se llenan de una alegría dulce, íntima, profunda; cuatro mil años de amor acababan de pasar ante sus ojos.

Acabada la misa, fué llevado el Santo Padre á sus departamentos en la *silla gestatoria*, desde cuya altura bendecía, al atravesar la inmensa basílica, al innumerable pueblo que habia acudido á verle. Todos los cardenales, con mitra en la cabeza, precedían al soberano pontífice, y le seguían los obispos, los prelados y la guardia noble que cerraba la marcha. Sentimos dejar aquellas tribunas, desde donde habiamos contemplado el más bello espectáculo de nuestra vida; pero fué necesario bajar; como todas las galerías de este mundo, la pompa augusta habia desaparecido.

Cuando habiamos salido para San Pedro, se nos habia dicho: "No os dejesis absorber demasiado; cuidaos; en las ceremonias papales se encuentran inevitablemente algunos hijos de Rómulo muy apasionados á las faltriqueras de sus prójimos." Aunque preocupados con lo que habiamos visto y sentido, yo no sé como nos ocurrió, al entrar entre la muchedumbre, tomar alguna medida de seguridad. Gracias á Dios, ninguno de nuestros vecinos se halló en el caso precitado, y salimos sanos y salvos con armas y bagajes.

Nos libramos de los rateros pero caímos en manos de los *vetturini* (cocheros). La lluvia seguía cayendo á torrentes; en Roma, como en Paris, en un día de fiesta y de mal tiempo, los cocheros son reyes. Despues de haber esperado largo tiempo,

buscado y suplicado, encontramos por fin una de aquellas majestades populares que se comprometió á llevarnos á casa, mediante cinco paulos y medio. Por la tarde necesitamos de implorar el auxilio de los potentados del sitio de carruajes, porque las cataratas del cielo estaban siempre abiertas y nosotros queriamos á cualquier precio visitar á Santa María la Mayor, porque solo en este día se expone allí á la veneracion de los fieles el pesebre del Salvador.

Eran cerca de las cuatro cuando llegamos á la basílica. Segun antigua costumbre, el Soberano Pontífice cantaba allí las vísperas; más de mil antorchas iluminaban la iglesia y hacían brillar los dorados que la adornan; nunca brilló con tan viva luz el oro del Nuevo Mundo. Acabado el oficio, la guardia pontifical manda despejar la iglesia, cuyas puertas se cierran, y solo queda adentro un pequeño número de elegidos. Gracias á uno de nuestros amigos, nosotros fuimos de este número. Algunos momentos más, y nos va á ser dado ver con nuestros propios ojos el pesebre de Bethleem, conmovedor testimonio del amor de un Dios que se hizo nuestro hermano.

Desde un principio, los cristianos de la Judea rodearon de respeto y de un culto empeñoso los lugares y los objetos santificados por la presencia del Salvador. A medida que el Evangelio extendía sus conquistas, el reconocimiento y la fe llevaban á Palestina numerosas caravanas de peregrinos, que iban del Oriente y del Occidente. La emperatriz Santa Elena fué también allí en persona, y mandó revestir el pesebre con láminas de plata, y la gruta sagrada con los más preciosos mármoles 1. En tiempo de San Gerónimo era la afluencia tan continúa y tan numerosa, que el santo doctor escribía de Bethleem: "Se

1 Euseb., *Hist.*, lib. III, c. 41 y 43.

acude aquí del mundo entero; siempre está ocupada la ciudad con hombres de todas naciones 1; no se pasa un día ni una hora, sin que veamos llegar grupos de hermanos que nos obliguen á hacer de nuestro silencioso monasterio un alojamiento público 2. El pesebre dejó el Oriente á la invasión del mahometismo, y fué guardado con más amor que el arca de la alianza, con más respeto que el *Tugurium* de Rómulo, y estuvo rodeado por generaciones no interrumpidas de cristianos fieles, cubierto por los besos de muchos millones de peregrinos, y regado con sus ardientes lágrimas. Esto fué durante el segundo año del pontificado del papa Teodoro, el año 642. Roma lo depositó en la basílica Liberiana 3 con el cuerpo de San Gerónimo, traído igualmente de Palestina, y no quiso que el santo doctor, guardian vigilante del pesebre durante su vida, fuese separado de él despues de su muerte 4.

Ahora, si la vieja Roma hizo consistir una parte de su gloria en conservar la cabaña de Rómulo, juzgad, ¿cuánto más feliz y orgullosa no se mostrará la Roma cristiana, que posee la cuna del Niño Dios? 5 El pesebre es su tesoro, su joya;

1 De Toto huc orbe concurrunt; plena est civitas universi generis hominum, et tanta utriusque sexus constipatio ut quod alibi ex parte fugi bas hic totum sustinere cogaris. *Epist. XIII ad Paulinum.*

2 Nulla hora nullumque momentum in quo non fratrum occurramus turbis, et monasterii solitudinem hominum frequentia commutemus. *Id., c. VII in Ezech.*

3 Véanse los dos sábios autores de la *Historia de Pesebre.* Giov. Batelli y Fr. Bianchini, *De Translat. sac. Cunabul. ac Præsep. Dom., etc.* Véase también á Cancell., *Nozze di Natale, c. XXVI, p. 88;* á Benedicto XIV, *De Die Natali, etc.*

4 Arringhi, *Rom subterr.*, t. II, p. 269, edic. Paris in-fol.

5 Porro Christi natalis nobile monumentum, ex ligno confectum... Roma possidet, eoque multo feliciter illustratur quam tugurium Romuli, quod intextum ex stipula eorum majores ad secula de industria conservaverunt. *Baron.*, t. I, an. I, n. 5.

forma su felicidad, su gloria. Le guarda con un amor celoso, lo rodea de una veneración que los siglos no pueden debilitar; lo conserva en un cofre de bronce, y solo lo expone á la vista una vez cada año. La noche que precede á este día tan deseado por el peregrino católico, se coloca el pesebre en un altar de la gran sacristía; el incienso más exquisito se quema en su honor, y luego cuatro de los canónigos más jóvenes de Santa María, toman la preciosa reliquia en sus espaldas, y precedidos de todo el clero, la trasportan solemnemente á la capilla de Sixto V. Despues de la misa de aurora, vuelven á tomarla y la exponen en el tabernáculo del altar mayor. Todo el clero se dirige en seguida á la capilla Borquesa, situada enfrente de la de Sixto V, para descubrir allí la imágen milagrosa de María; éste es un modo de convidar á la Madre divina á contemplar el triunfo de su hijo y á gozar ella misma de su propio triunfo. ¡Oh! si alguna vez vais á Roma, no os olvideis de venerar aquella imágen de María. Es la misma que fué pintada por san Lucas, segun tradicion 1; la misma que Sixto III quiso honrar segun el deseo de su corazón, mandando hacer los preciosos mosaicos de la bóveda y renovando la basílica casi en todas sus partes; la misma al pié de la cual pasaban las noches en oración, los santos papas Simaco, Gregorio III, Adriano I, Leon III y Pascual I; la misma, delante de la cual iba Clemente VIII de de la aurora, y descalzo, á ofrecer el augusto sacrificio; la misma ante la cual nunca faltaba el ilustre Benedicto XIV á rendirle homenaje todos los sábados, que asistía á las letanías Loretanas 2. El recuerdo de tantas oraciones, de tantas lágrimas, de tantos testimonios brillantes de fe y de piedad, conduce á una indecible confianza, y nos-

1 Baron., an. 530.

2 Costanzi, lib. II, p. 27.

26 DE DICIEMBRE.

San Lorenzo *extra-muros.*—San Lorenzo *in fonte.*—*In Panisperna.*—*In Lucina.*—Basílica de San Lorenzo *extra-muros.*—El Capitolio y el *Santo Bambino.*—Los pequeños predicadores.

otros hubiéramos permanecido prosternados al pié de aquella imágen tantas veces tan venerable, si el pesebre no hubiera dado otro curso á los sentimientos de nuestros corazones.

Cuando todo estuvo listo, dos canónigos de Santa María la Mayor bajaron el pesebre del tabernáculo, y lo pusieron sobre un pequeño altar portátil. El cardenal protector fué el primero que se adelantó á rendir sus homenajes á la cuna divina; siguió el clero; llegó nuestro turno, y pude ver de cerca y con mis propios ojos, ¡el pobre pesebre en que acostó María al Salvador del mundo envuelto en pañales! El pesebre no conserva ya su forma primitiva. Las cinco pequeñas planchas que formaban sus paredes, están todas reunidas. Las más largas pueden tener dos piés y medio de longitud y cuatro ó cinco pulgadas de ancho; son delgadas y de una manera ennegrecida por el tiempo. Esta cuna, por siempre venerable, descansa en una caja de cristal montada en un cuadro de plata, adornado con oro y piedras preciosas, espléndido regalo de Felipe IV, rey de España 1. Acabada la adoración, se relató el proceso verbal que demuestra la identidad del pesebre y los detalles de la ceremonia; despues de lo cual, se encerró la santa reliquia en el tesoro, para no volver á salir hasta el año siguiente, en la misma época.

Habíamos completado y llenado aquel día. Todo lo que la religion tiene de más majestuoso, la misa papal; todo lo que tiene de más tierno, el pesebre; habia estado á nuestra vista; y nuestro corazón estaba contento, pero contento como no puede estarlo más que en Roma el día de Navidad, cuando se ha visto con los ojos del cristiano el doble espectáculo de que acabo de hablar.

1 Cancellieri, *Nozze di Natale, c. XXVI, p. 89.*

En la liturgia católica sucede un gran milagro al nacimiento del Salvador; al día siguiente de Navidad se celebra la fiesta de San Estéban protomártir. El heroísmo, elevado repentinamente á su más alto poder por la gracia del Niño de Bethlehem, una prueba admirable de su divinidad. Cada año repite la Iglesia este milagro á las generaciones que pasan. Se me presentó una buena ocasión de sentirlo más vivamente. La excelente princesa de W... me ofreció su coche, si queria yo ir á celebrar la misa á San Estéban, en la basílica de San Lorenzo *extra-muros*, y acepté la proposición con reconocimiento. Conviene saber que Roma no ha perdonado gasto por reunir bajo sus alas maternas á los más grandes santos, y á los más ilustres mártires del Oriente y del Occidente. ¡Bendita sea la Providencia que la inspiró este pensamiento dos veces saludable! Los cuerpos sagrados que descansan en paz, bajo la vigilancia de la ciudad eterna hacen largo tiempo, serian olvidados ó profanados tal vez, si hubieran quedado en otros lugares; además, si estuvieran dispersos por toda la tierra, no serian más que testigos aislados. Reunidos en Roma, alrededor del vicario de Jesucristo, forman un concilio ecúmenico permanente, cuya voz domina todos los ruidos y disipa todos los sofismas del error; para mostrar la catolicidad de su doctrina, basta á Roma el abrir sus sepulcros.

En el siglo VI, durante el pontificado de Pelagio I, fué trasportado el cuerpo de San Estéban, al ménos su mayor parte, de

Constantinopla á Roma 1. Se adivina fácilmente el lugar que debió ocupar; y una misma tumba reunió á los dos ilustres diáconos, á Estéban, gloria de Jerusalem, y á Lorenzo, gloria de Roma.

Salimos por la puerta Tiburtina, y llegamos como á las ocho á San Lorenzo *extra-muros*. Para comprender bien esta basilica, es necesario llamar algunos recuerdos que á ella se refieren. En el siglo III, el año 259, bajo el pontificado de San Sixto II y bajo el reinado de Valeriano, la Iglesia de Roma tenia por arcediano á uno de sus más gloriosos hijos. Instado por el prefecto á entregar los tesoros de los cristianos, se apresura Lorenzo á derramarlos en el seno de los pobres, y despues reúne á un pueblo entero de cojos, de ciegos y de enfermos, y dice al prefecto: "Hé ahí los tesoros de los cristianos." El magistrado, irritado con aquello que le parece una burla, manda aprehender al arcediano y hacerle expiar con los más horribles tormentos, su desprecio á las órdenes del emperador. Lorenzo fué primero arrojado á una prision, luego fué asado vivo en una parrilla á la vista de Roma pagana, que se regocijó hasta el delirio con aquel espectáculo de nuevo género. Lorenzo se rie de las llamas y de los verdugos, ruega por la salvacion de Roma y espira cantando. La oracion del Mártir es oida; Júpiter bajará muy pronto del Capitolio y el águila romana cederá el lugar á la cruz sobre la diadema de César.

La Iglesia ha puesto un cuidado particular en perpetuar el glorioso recuerdo de aquel drama, ilustre entre todos aquellos que tuvieron lugar en la gran Roma. Los monumentos consagran los diferentes lugares en donde comenzó, continuó y acabó la sangrienta epopeya.

En el monte Viminal está la iglesia de San Lorenzo *in fonte*. Ella señala el lugar

1 Mazzol., t. VI, p. 131.

en donde bautizó el ilustre diácono á San Hipólito, su guardian, y á toda su casa; en la misma colina encontrais tambien á San Lorenzo *in Panisperna*. En este lugar sufrió el santo el horrible suplicio del fuego. En el centro de Roma teneis á San Lorenzo *in Lucina*. Esta iglesia, edificada por Santa Lucina, ilustre matrona cuyo nombre brilla como un diamante en los fastos de la Iglesia primitiva, conserva el espantoso instrumento en el cual consumó Lorenzo su holocausto. ¡Nuestros ojos vieron aquella parrilla! Está formada de gruesas barras de hierro, y puede tener dos metros de longitud y uno de anchura; seis piés de 20 á 22 centímetros de altura sirven para fijarla en la mesa de mármol de que hablaré muy pronto, y sobre la cual habia un lecho de carbones inflamados. A un lado de la parrilla se ven tres vasos: de los cuales dos contienen sangre, y el tercero carne asada del glorioso atleta.

Estos diferentes santuarios, como si fuesen otras tantas estaciones, os van llevando por el camino del mártir hasta la iglesia que le sirve de sepulcro. Una dama romana, más ilustre por su santidad que por su nacimiento, Santa Ciriaca, poseia fuera de Roma, en la vía Tiburtina, una tierra llamada el Campo de Verano, *ager Veranus*, y se apresuró á ofrecerlo para sepultura de San Lorenzo. En efecto, despues de tres dias de velarle, fué colocado allí el glorioso depósito; y allí cerca de ochenta años más tarde, el año 330, mandó edificar Constantino la venerable basilica que habiamos ido á visitar. El piadoso emperador desplegó su acostumbrada magnificencia para embellecerla. La tumba del héroe cristiano, coronada con un arco triunfal, fué rodeada con columnas de pórfido y un barandal de plata con peso de mil libras. Delante de la cripta ardía una lámpara de diez luces, de oro puro, que pe-

saba treinta libras; y sobre la tumba estaba suspendida una corona de plata, adornada con cincuenta delphinés de plata, que pesaba tambien treinta libras. A estos ricos adornos se agregaba el acompañamiento ordinario de candeleros y vasos sagrados de oro y de plata 1.

La basilica, restaurada muchas veces por los soberanos pontífices, conserva todavía preciosos vestigios de antigüedad. Bajo los pórticos, se miran las antiguas pinturas de San Lorenzo bautizando á San Hipólito: delante de la cripta admirais los dos ambones para la lectura de la Epístola y del Evangelio, durante las sinaxas: encima de la cripta, sobre el arco triunfal, brilla el bello mosaico del papa Pelagio II. Este representa á Nuestro Señor sentado en un globo, teniendo con una mano la cruz y bendiciendo al mundo con la otra; á su derecha se ve á San Pedro, seguido de San Lorenzo, con un libro abierto en el cual se lee: "*Dispersit, dedit pauperibus*"; y luego al papa Pelagio. A la izquierda del Salvador, se ve á San Pablo, á San Estévan y á San Hipólito; y os deteneis, por fin, delante de la cripta misma. A ella se baja por ocho escalones, y está sostenida por doce columnas, de las cuales cuatro son de mármol verde, y las otras de mármol de Páros. El altar de mármol en que descarsan San Lorenzo y San Estéban, está rodeado de una reja de hierro.

En la pared de la derecha, se ve, cubierta por unas barras cruzadas, la piedra á la cual fué encadenado San Lorenzo, y tiene seis agujeros en donde estaban sujetos los grillos. Hacia el centro tiene todavía señales muy notables de sangre quemada y de grasa derretida. "No puede uno engañarse en esto, decia un médico distinguido que nos acompañaba." Otros objetos respetables se presentan allí al viajero

1 Ciamp. *Monim. Veter.*, t. III, p. 111; id., t. II, p. 101.

cristiano: quiero hablar de los mártires que descansan en la cripta. Además de San Lorenzo y de San Estéban, está allí San Hipólito con Santa Concordia, su nodriza, y otros diez y nueve miembros de su familia, bautizados todos por San Lorenzo; tres papas: San Zózimo, San Sixto III y San Hilario; San Justino, sacerdote y mártir, que dió sepultura al ilustre arcediano; y por fin, Santa Ciriaca, propietaria del campo de Verano, y que se hizo tan célebre en los fastos sangrientos de la primitiva Iglesia. San Lorenzo *extra-muros* tiene otro recuerdo, que no debe olvidar ningun viajero frances. Aquí fué donde el papa Honorio III, coronó emperador de Constantinopla á Pedro de Courtenay conde de Auxerre. Despues de haber ofrecido la augusta víctima en aquel altar de los mártires, visitamos la entrada de las catacumbas, y volvimos á entrar á Roma.

Algunas horas despues, estaba yo en el Capitolio, en la iglesia de Ara-Cœli. ¿Para qué volver á este lugar ya visitado? ¡Ah! es porque despues de haber admirado la víspera, las pompas del Vaticano, se tiene curiosidad y deseo de asistir en la mañana siguiente á los sencillos regocijos del *Presepio* [Pesebre]. A fin de que todas las edades tengan su parte de felicidad en la Natividad del Niño Divino, es costumbre en Roma, dejar predicar á los niños pequeños en la iglesia de Ara-Cœli. La estatua del *santo Bambino*, (santo Niño), tan célebre y tan venerada por los romanos, se expone durante la octava, en una capilla perfectamente adornada. El Niño Jesus, rodeado de todos los personajes, que fueron testigos del misterio, resplandece de diamantes y de piedras preciosas. En el pilar inmediato se apoya un pequeño púlpito para predicar, y á él suben los niños romanos, y las niñas romanas de siete á diez años, á balbutir en su

tierno lenguaje las alabanzas del pequeño Jesús. Dos meses ántes de la fiesta, el padre, la madre, el hermano y las hermanas, todo el mundo se pone en movimiento en las familias. Unos componen el sermón de Navidad, y otros se lo ensayan, y se lo hacen repetir, al niño que lo ha de pronunciar.

Cuando yo llegué, ocupaba el púlpito una niña, que á juzgar por su cuerpo, tendría ocho años á lo más. Hablaba con mucha unción y vivacidad; su gesto era natural, su tono exacto y variado; era un pequeño Bossuet. La peroración fué patética. El orador calló de rodillas, extendió sus manecitas hácia el Santo Niño, le dirigió una sencilla oración, y luego dió la bendición absolutamente lo mismo que un viejo predicador. Lo mismo que en las sábias conferencias de los PP. Lacordaire y de Ravignan, así se manifestó en el auditorio un movimiento de aprobación, y solo el respeto debido al lugar santo, impidió que estallara en aplausos. Los *pequeños predicadores*, como se dice en Roma, se suceden en la cátedra de Ara-Cœli, durante toda la octava, desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde; y todo ese tiempo la iglesia está muy concurrida. Yo no sé lo que piensan sobre esta costumbre nuestros cristianos filósofos. Por lo que hace á mí, además del placer muy legítimo que procura á los niños, me parece aquella costumbre de tal naturaleza, que puede producir útiles resultados. Las predicaciones infantiles de Ara-Cœli, conservan largo tiempo, vivo entre las familias, el pensamiento del pesebre, y determinan más de un acto de virtud. Para tener la dicha de celebrar las alabanzas del Santo Niño, es preciso ser bueno; para acompañar al niño predicador, es preciso también que sus hermanas ó hermanos mayores, sean también buenos. Ahora bien, con el carácter de la infancia se

comprende todo lo que puede conseguirse con semejante promesa. Yo mismo llevaba de la mano á un niño de siete años, que decía en su lenguaje sencillo: *Andaría sobre lumbre con tal de oír á los pequeños predicadores.*

Hoy no íbamos atravesando sobre fuego, pero sí debajo de torrentes de agua, porque llovía admirablemente. No obstante, las escaleras del Capitolio estaban cubiertas de gente, y todas las partes de la iglesia obstruidas. Al ver todos aquellos rostros, radiantes de alegría, no sé en dónde había más dicha, si en el corazón del niño, que apenas salía de la cuna y ya había ido á balbutir sus alabanzas al Niño Salvador, ó en el corazón del abuelo con sus blancos cabellos, que durante el sermón, dejaba escapar de vez en cuando, gruesas lágrimas, ó se sonreía con su pequeño ángel, mientras que podía estrecharlo en sus brazos, renovando su ternura. En cuanto á nosotros, que picamos de filosofía y de buen gusto, hemos suprimido la sencillez y la antigua buena fe de nuestros padres, y hemos creído hacer maravillas. Puede ser, que viendo la cosa más de cerca, encontraríamos que hemos alcanzado el resultado de hacer la religión muy fría, muy seca, muy austera, sin hacerla por esto más respetable ni más amable. Como quiera que sea, tengamos equidad, para no condenar costumbres recibidas en otra parte, únicamente porque repugnan á nuestras preocupaciones nacionales.

27 DE DICIEMBRE.

El Monte Cœlius.—Una casa de los antiguos romanos.—Iglesia y Monasterio de San Andrés.—*Triclinium* de los pobres.—Recuerdos.—Santos Juan y Pablo.—Los religiosos pasionistas.—Vila Mattei.—Cuarteles de los soldados extranjeros.—Iglesia de la Navicella (Navecilla).—San Felipe Neri.—Casa de Santa Ciriaca.—Escuela de gladiadores.—Gran mercado.—Iglesia de los cuatro santos coronados.—San Estéban el Redondo.—Pinturas.—Forum de Trajano.

De las siete colinas en que está sentada Roma, nos quedaban dos por examinar, el Cœlius y el Aventino. Pasando el arco de Constantino y siguiendo la vía Triunfal, llegamos á buena hora, al pié del monte Cœlius. Esta colina es la más larga y la más irregular de todas. Llamada ántes *mons Querquetulanus*, á causa de los bosques de encina que la cubrían, recibió bajo Tarquino el Antiguo, el nombre de Cœlius en memoria de Celé Vibenna, capitana de los Etrusco, que vino al socorro de los romanos. Hé aquí el inventario compendiado de los monumentos que allí se encontraban.

En primera línea se presenta la casa de Mamurra. Este caballero romano, nacido en Formium, llegó á ser prefecto de los obreros de Julio César en las Galias, *præfectum fabrorum*. En este oficio ganó, como otros muchos, una fortuna considerable, que gastó en un lujo de todo género y en construcciones suntuosas. De este número era una soberbia casa en el Monte Cœlius: Mamurra fué el primero entre los romanos, dice Plinio, que mandó revestir de mármol todas las partes de su casa; no había una columna, en sus numerosos pórticos, que no fuese de mármol de Carysto ó de Luna 1.º ¿Pero qué hago? ¿Por qué

1 Primum Romæ parietes crusta marmoris

contar entre los monumentos romanos la casa de Mamurra, si Roma poseía otras muchas no ménos suntuosa? Tales eran en particular, las de Pompeyo en las Carenas; 1 de Cayo Anquilo en el monte Viminal; de Q. Cátulo, el vencedor de los Cimbrios; del orador Craso, comprada despues por Ciceron 2; las de Scauro, en el monte Palatino, 3 las de Lépido 4, y todavía otras muchas.

Como quiera que sea, la casa de Mamurra puede darnos una idea de las habitaciones romanas. Entre la calle y la fachada del edificio estaba una plaza llamada *Area* ó *Vestibulum* (vestíbulo), á fin de que aquellos que iban por la mañana á saludar al dueño de la casa, no se vieran obligados á esperar en la vía pública. En el centro se elevaba ordinariamente una estatua de bronce representando al propietario 5. La puerta de entrada, con dobles hojas, estaba rebestida de bronce y adornada con bolas ó gruesos clavos de cabeza dorada 6 y por ella se entraba al *Porthyrum* ó pasadizo que conducía de la puerta exterior á la puerta interior 7; á su derecha é izquierda estaban las *Cellæ* ó habitaciones del portero y del perro 8. Este portero, *ostiarius*, era un desgraciado esclavo, sujeto como el perro, con una cadena 9. La extremidad del *Porthyrum* co-

operuis se totius domus suæ in Cœlio monte Cornelius Nepos tradidit Mamurram Formiis natum, equitem romanum, præfectum fabrorum C. Cæsaris in Gallia..... Namque adjecit idem Nepes cum primum totis edibus nullam nisi e marmore columnam habuisse, omnes solidas e Carystio aut Lunensi. (Plin. lib. XXXVI).

1 Patercul., II, 77.

2 Cic., *Pro Domo*, 24, 44.

3 Plin., XVII, 1.

4 *Id.*, XXXVI, 6.

5 Macrobius, *Saturn.* VI, 8.—Tacit., *Annal.* XI, 35.

6 Cic. *in Verr.*, IV, 56.—Plaut., *Asin.* II, 4; V, 20.

7 Macrobius, *Saturn.* II, 13.

8 Petron., 28.

9 *Id.*, 64.